m²

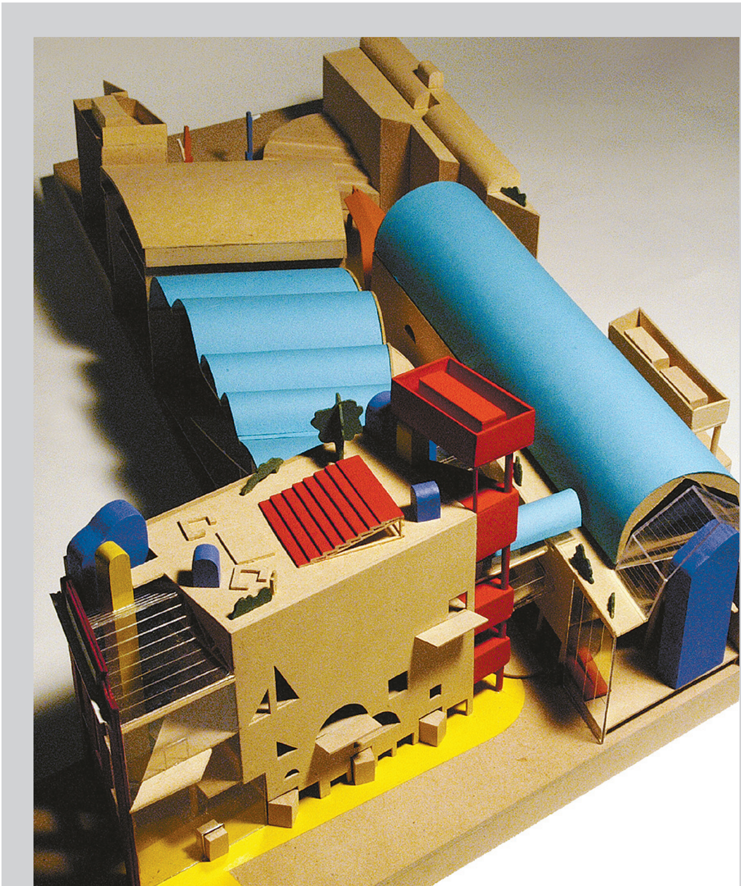
SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PÁGINA/12.

SABADO 6 DE SEPTIEMBRE DE 2003. AÑO 5. Nº 240



un recorrido por vida y obra
del posmodernista catalán,
que estrena enciclopedia propia

tusquets



El Konex para Clorindo

El concurso para la Ciudad Cultural Konex fue ganado por Clorindo Testa, Juan Fontana y Oscar Lorenti.

POR MATIAS GIGLI

● El arquitecto Clorindo Testa acaba de ganar el concurso para la Ciudad Cultural Konex con una asociación de patios y galpones entre medianeras, un proyecto que se organiza en torno de una calle en la que, a través del recorrido, se sucede una secuencia de espacios, patios y accesos de las diferentes áreas del conjunto. Tendrá una plaza pública sobre Sarmiento, dotada de actividades culturales y gastronómicas.

El proyecto de la Fundación Konex, en Sarmiento y Jean Jaurès, en el barrio del Abasto, se piensa realizar en tres etapas. La primera toma la antigua fábrica de aceites, que cuenta con una espléndida fachada de ladrillos, y la suelta del edificio. En ese conjunto, los ganadores piensan materializar un mirador urbano en la terraza, de la que se verá la cubierta del gran teatro materializada con bóvedas de diferentes tamaños, a la manera del Abasto.

Para la segunda etapa se prevén salas multiusos, y para la tercera un gran teatro de ópera y la plaza sobre Sarmiento.

El proyecto premiado despierta interés tanto en el recorrido de los espacios como por sus formas variadas y coloridas, con el sello de Testa por donde se lo mire. La propuesta intenta mantener el clima fabril existente. Es que Clorindo logró eludir las serias dificultades que planteaba un programa ambicioso para ser organizado en una sucesión de lotes de escasa dimensión.

Con una maqueta de madera y toques de color, el equipo ganador supo exponer sus ideas a la vez que transmitir el clima lúdico que caracteriza la obra reciente de Testa. La convocatoria que lanzó la Fundación Konex con la organización de la Sociedad Central de Arquitectos despertó un notable interés entre los arquitectos. El concurso fue a dos vueltas y tuvo la participación de casi cien grupos de profesionales.

Los arquitectos Horacio Baliero, Roberto Frangella y Carmen Córdova junto con el Dr. Luis Osejevich por la Fundación fueron los que actuaron como jurados. El arquitecto Jorge Iribarne fue el asesor de la SCA. Los premios se repartieron entre tres grupos: después de los ganadores fueron distinguidos con el segundo premio Carlos Berdichevsky, Rubén Cherny y Jorge Cortiñas asociados con Claudia Elizalde y Patricia Varela; tercero fue el equipo de Jorge Hampton y Emilio Rivoira, asociados con Cristian Carnicer y Eugenio Xaux.

Ahora le toca el turno a Osejevich, que puso fecha a las tres etapas. El Abasto espera la Ciudad Cultural. ■







A la izquierda, el belvedere que fue su primera obra, a medias con su entonces socio y todavía amigo Lluis Clotet (en la foto menor, como dormidos, Clotet y Tusquets hoy). El espacio en lacre es su estudio, que comparte con la editorial de su mujer y su hermana, y abajo la Casa del Laberinto, en el Maresme catalán. La tapa es el impactante hall de entrada del auditorio Krauss, en Canarias, de 1997.



El perfil de un disidente

Oscar Tusquets fue niño terrible, asistente de Dalí, diseñador de muebles que se producen en media Europa. Fue y sigue siendo un convencido del posmodernismo, un creyente en la decoración y un hiperactivo constructor de viviendas. Acaba de presentar su propia "Enciclopedia", resumen de obra, ideas y vidas.

El hombre no se ahorra sus opiniones: "No me gusta ni ese minimalismo radical que hoy impera ni esos arquitectos siempre iguales a sí mismos. Por eso es difícil que gane nunca un concurso. He llegado a la conclusión de que si la arquitectura que hacen los miembros del jurado me interesa tan poco, es muy difícil que la mía les interese a ellos... El arte tiene sus momentos brillantes, pero no estamos viviendo un período de excitante aceleración, sino de calma chicha, y de igual forma que de Fidias a Donatello no hay ningún gran escultor, sencillamente hoy no es un buen momento de la arquitectura".

Oscar Tusquets, enfant terrible, agitador cultural, bohemio setentista, arquitecto renovador, pintor figurativo, trabajador hiperactivo, sigue en un nivel de actividad y trabajo que, francamente, le hace inútiles los concursos y exámenes. En este momento se están construyendo dos hoteles suyos en Barcelona, uno en las diagonales y otro en Montjuich. Sigue diseñando con gran éxito muebles que producen y venden media docena de las principales casas de Europa. Está escribiendo un libro sobre su peculiar amistad con Dalí. Sigue pintando sus lentos cuadros –seis meses promedio cada uno– que se niega a vender y serán exhibidos este año en Madrid y Barcelona. Y como para que no le digan que se queda quieto, hizo una especie de curación del libro *Enciclopedia Oscar Tusquets*, catálogo de ideas redactado por Juli Capella con colaboraciones de setenta personalidades entre las que se cuentan artistas, directores de cine, arquitectos y escritores como Mario Vargas Llosa, cuyo texto se reproduce en el recuadro.

Con 62 años cumplidos, Tusquets recuerda su primera vida como "otro planeta". Empezó la escuela apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando España seguía siendo "un país nacionalsocialista". Sus prósperos padres le ahorraron "esa mugre" mandándolo a un colegio alemán –que curiosamente eran antinazis– y a la tarde al colegio de artes de Llotja, a aprender a pintar. Sólo al llegar a la universidad pasó del arte a la arquitectura, para "ganarse mejor la vida". Claro, lo que su padre no sabía "es que de pintor seguro que hubiera tenido menos dolores de cabeza. La arquitectura es muy dura".

A los treinta, el joven arquitecto era una figura en la dorada bohemia catalana que recuerda Vargas Llosa, y un amigo y colaborador de Dalí. Su primera obra fue en 1972, con su primer socio, y diminuta. Un conocido le pidió una casita de 40 metros en el pueblito de Llofriu, en una ladera con una vista descomunal. Tusquets y su socio se rompieron la cabeza pensando cómo salir de "la casita con su porchecito" hasta que decidieron saltar la cerca. Habían andado leyendo los textos posmodernistas de Rober Venturi y la conclusión fue "disfrazarla de otra cosa. Vamos a hacer un belvedere en medio de un jardín y dentro vamos a hacer una casa". Años después, la idea recibió el homenaje del teórico Charles Jencks, que la definió como la primera pieza posmoderna sincera. "Los americanos hacían estos diseños con un guiño, con una ironía. Esta no, ésta no tiene mala conciencia", dijo el americano.

Hace treinta años, llovieron las críticas y la notoriedad. Tusquets descubrió la etiqueta que le gustaba llevar: "El posmodernismo abandona el pensamiento único de la modernidad y del progreso, y considera que la historia de la arquitectura está para que la utilicemos con libertad. Tenemos la posibilidad estilística de usarla. Una actitud posmoderna es, por ejemplo, manifestar que a mí me apetece tener dos columnas dóricas en mi casa, y que las iba a instalar. Y me cayeron de punta. Pues a mí me gusta cómo les da el sol a las aristas, la diferente sombra que proyectan a distintas horas del día. Me puedo permitir ese placer porque no tengo un compromiso con la modernidad".

También porque su estudio –que comparte con la naciente editorial que fundaron su hermana, antigua dueña de Lumen, y su mujer– fue una máquina de construir edificios de viviendas en el Ensanche barcelonés en los ochenta y noventa. Es que Tusquets se dejó seducir por el presidente del Barça, gran especulador inmobiliario, que le venía "de a cuarenta terrenos, todos para que elija", y logró convencerlo de que un edificio de buena arquitectura es tan rentable como uno de espantos. Una carrera puntuada por objetos –como el buzón residencial que se ha tornado ubicuo en España– y obras de porte como el Auditorio Krauss en Las Palmas de Gran Canaria. ■

El País Semanal para Página/12.

La "gauche divine"

POR MARIO VARGAS LLOSA

En la década de los setentas viví unos cinco años en Barcelona, época que recuerdo siempre con nostalgia y cariño. Allí leí, aprendí, escribí mucho, conocí a innumerables personas interesantes e hice amistades que resultaron indestructibles. Lo único que no hice en esos años fue compartir los ritos, los excesos y poses de lo que –con envidia, odio, celos, admiración y reprobación– se conocía entonces como la "gauche divine". ¿Quiénes la conformaban? Una difusa maraña de escritores, pintores, arquitectos, editores, cantantes, cineastas, publicistas, fotógrafos y conspiradores varios, generalmente de alto nivel social. ¿Qué hacían? Varias revoluciones al mismo tiempo, incompatibles entre sí: el socialismo, la anarquía, el desarreglo de los sentidos, el experimento formal, la revolución cultural, el libertinaje y el éxito. Para mí, la gauche divine se encarnaba en Oscar Tusquets. Aunque no lo veía, cuando lo veía yo la pasaba muy bien. Su enorme cabellera desconcertaba a las señoras y sus infaltables mocasines congeniaban muy bien con el desenfado de sus opiniones, su frenesí, sus humos y su espíritu de contradicción. Hacía el payaso en las noches, pero en el día trabajaba como un burro. Según nuestro común amigo Ricardo Muñoz Suay, ver bailar a Oscar era un espectáculo fuera de serie, que tenía algo de aquelarre, danza sioux y trance místico. Yo nunca lo vi, pues la única noche que fui al Bocaccio, uno de los cuarteles de la gauche divine, él no estaba allí. Aunque había mucho de frivolidad, de juego peligroso de niños bien, en la gauche divine, detrás de sus disfuerzos y desplantes latía un anhelo generoso. El de un mundo distinto y mejor, más libre por supuesto que aquel que se vivía bajo la dictadura, pero también más culto, más espontáneo, con menos prejuicios y estupidez, sin orejeras y sin burócratas, en el que la justicia no estuviera reñida con la estridencia, la disidencia, la fantasía, y donde las excepciones fueran tan importantes como las reglas en todos los campos: el arte, la economía, la política, la moral. De todos los amigos de entonces que de algún modo tuvieron que ver con la gauche divine, Oscar, ahora tan trabajador, tan exitoso en su profesión, tan formal, sigue encarnando para mí aquel lejano espíritu, debilitado o extingo en casi todos los demás. De una manera que es imposible no admirar, ha conseguido hacer de su vida y de su obra una alianza de contrarios integrado y disidente, tradicionalista y rupturista, y, siempre, inesperado, elegante, innovador y, sobre todo, libre. Es uno de los pocos que envejecen bien. ■

De la "Enciclopedia Oscar Tusquets".

CAL Y ARENA

Historia crítica

La FADU hará el encuentro "La Producción del Siglo XXI" para efectuar un balance de los "objetos" realizados en la "primera" década de este siglo, en la definición de Eric Hobsbawm: el corto siglo XX duró de 1918 a 1989. El encuentro histórico, entonces, se centrará en la década del noventa buscando respuestas a la pregunta ¿cuál es el lugar actual y futuro de la reflexión histórico-crítica en la formación de arquitectos y diseñadores? Los ejes centrales de debate serán la valoración crítica de obras significativas producidas en el período, el análisis de material bibliográfico histórico-crítico que resulte relevante o representativo de las nuevas ideas o tendencias y los aportes referidos a nuevas modalidades de enseñanza de las disciplinas del área. Se aceptan ponencias para el encuentro, que se realiza para docentes el 10 y 11 de octubre. Informes e inscripción en el Instituto de Arte Americano, FADU 4º piso, martes de 15 a 19, 4789-6270, *encuentrohistoriaiaiaa@fadu.uba.ar*

Cine urbano

El jueves 11 a las 19 horas en el museo de arquitectura de la torre de agua, Callao y Libertador, hay otra función del ciclo Cine y Ciudad. Esta vez se proyectará el segmento dirigido por Woody Allen de *Historias de Nueva York* (1989) y la película *Cigarros* (1994) completa. Las dos proyecciones abundan en escenas de la ciudad de Nueva York y tienen un fuerte énfasis en la vida urbana. El próximo ciclo será el 25 y estará dedicado a Roma.

Decoración

Este jueves comienza el curso de diseño y decoración práctica de interiores que dicta la arquitecta María Teresa París en el Centro de Enseñanza de Decoración y Oficios, CEDO. El curso consta de seis módulos trimestrales, en grupos reducidos y con prácticas en espacios reales. Es a las 18.45 en Libertad 94. Informes al 4381-3486, *cedo@infovia.com.ar*

OPINION POR JORGE TARTARINI

Sobre el Luna Park

Actualmente, en distintos ámbitos profesionales e institucionales se cambian opiniones sobre los valores patrimoniales que posee el edificio del Luna Park. Algo de importancia capital para este mítico testimonio, pues, de la forma en que sean evaluados sus valores testimoniales, arquitectónicos, ambientales y de significados, dependerá en buena medida su futuro. Un futuro que puede oscilar entre la renovación y su preservación como patrimonio cultural de la ciudad. Sobre la importancia de este mítico edificio, desearía hacer algunas consideraciones.

La arquitectura, como testimonio vivo, excede en mucho el estricto campo disciplinar, y como parte del patrimonio cultural se interna en terrenos que tienen que ver con el patrimonio etnográfico, con lo identitario y con los significados que adquiere para el imaginario ciudadano. No hay más que repasar los numerosos señalamientos de documentos internacionales sobre la importancia que tienen estas presuntas obras "menores" o "carentes de estética" en el fortalecimiento de las identidades y culturas locales frente a los fenómenos derivados de la globalización. ¿Qué sería de otros testimonios arquitectónicos supuestamente "menores" de la ciudad (bares, confiterías, estaciones intermedias, puentes, clubes) si no se considerase esta visión?

Al examinar sus valores y posibilidades de transformación, no debería soslayarse esta dimensión. Ello permitiría comprender mejor la relevancia que asume para nosotros lograr un necesario equilibrio entre nuestra contemporaneidad y los testimonios de nuestro pasado reciente. Y enfatizo lo de reciente, porque otra falacia radica en descalificar a estas obras por su presunta juventud, cuando en nuestro contexto poseen una importancia capital, si tenemos en cuenta que la mayoría de los paisajes culturales que vemos a diario, dentro y fuera de nuestras ciudades, son obra del hombre en los últimos cien años de historia, poco más, poco menos.

El Luna Park, para quien quiera integrar, reunir e interpretar los signos de la cultura ciudadana en un período de tiempo determinado, será una pieza esencial. Tan importante como lo puede ser el Palacio de Correos, la Bolsa de Comercio o los docks de Puerto Madero. Una comparación que nos remite al valor insustituible que asumen estos signos en la definición de una cultura, en su sentido más amplio.

Pero no todo descansa en el poder de las normas. Primero la conciencia ciudadana sobre la protección activa y luego la formación profesional, son también indispensables. Sobre esta última cuestión algunos colegas deberían tener presente que, como bien señala Graziano Gasparini, el siglo XX ha sido el siglo de las normas y las cartas internacionales, y el siglo XXI debe ser el del diálogo del profesional con el monumento, no un monólogo, presuntuoso y vacío de contenido. Tal vez porque, con frecuencia, se pierde de vista que no somos propietarios del patrimonio que heredamos, sino sólo sus cuidadores, para garantizar su disfrute.

Este diálogo, en el caso de nuestro Luna Park, significa aproximarnos a una comprensión genuina e integral de sus valores. Ni los señalamientos de documentos, repetidos como preceptos bíblicos hasta el cansancio, ni la comparación con demoliciones o recuperaciones de otras latitudes podrán constituir el eje de sustentación de las valoraciones que avalen posibles intervenciones a futuro. Honrar la autenticidad de este testimonio de la cultura popular local merece construir un diálogo en función de sus valores, de su relación de hospitalidad y de su vocación para adaptarse a las necesidades del presente. Algo que difícilmente se logre con vaciamientos compulsivos, ni con criterios congelacionistas a ultranza.



















El arte de la caja

Manassero y Schalum, de Urban Stories, no tenían cómo guardar sus cosas con estilo y estética. La solución que encontraron a su problema es hoy una completa línea de cajas y contenedores creativos y bonitos, con marca y talleres propios.

POR LUJAN CAMBARIERE

No son arquitectos, ni decoradores, y mucho menos, diseñadores industriales. Urban Stories, etiqueta especializada en la creación de cajas, surgió de una necesidad personal. Juan Pablo Schalum y Marcela Manassero, marido y mujer, no daban con una forma visualmente atractiva de guardar el sinfín de cosas que almacenaban en su departamento de dos ambientes. Con esa meta, la de mejorar la imagen de las cajas que conocían hasta entonces, hace cinco años empezaron con un emprendimiento que ya cuenta con local propio, provee a numerosos negocios del país y llegó al exterior. Hoy sus cajas se venden en Estados Unidos, Italia y Brasil.

"Lo primero que hicimos fue dar con papeles reciclados americanos e italianos y telas lisas que asemejaban la textura del lino. Todas las cajas que íbamos armando tenían la particularidad de ser muy resistentes y tener una manija o tirador de cuero", cuenta Manassero. En el inicio, comenzaron a hacerlas ellos mismos, en aquel departamento de dos ambientes, en tres tamaños distintos. Ahora ya ostentan un taller de 200 metros cuadrados con maquinaria que traza el cartón, engancha y forra las distintas partes, operarios, 14 tamaños distintos y más de 47 motivos.

"El éxito de nuestras cajas pasa además de por su enorme funcionalidad como porta CD, fotos, carpetas, indumentaria, la resistencia dada por el cartón prensado de 2,5 milímetros de espesor y la técnica de armado que usamos, porque realmente visten los ambientes. Su colorido y terminación las convierten en un accesorio ideal para cualquier área de la casa", señala Manassero. Así fabrican, además de una de sus marcas registradas de las cajas de cartón con manijas o tiradores de cuero, otras más desenfadadas como las de las líneas para chicos con tiradores en plástico o resina con formas varias o flores de gamuza, y la Mirna o Ulises, con dos simpáticos personajes con lengua de látex.

Además, hoy la etiqueta suma una línea de objetos de estructura de cuero con pespuntes a máquina o tiento cocido a mano (portarretratos, papeleros, portafolios, portatarjetas, pisapapeles, pins tomanotas, pads, revisteros, cuencos e individuales, entre otros) y accesorios de acero inoxidable como los percheros Hombre y Mujer.

"El objeto-caja tiene mucha connotación. Es uno de los sitios predilectos de guardado. Donde solemos clasificar cosas pero sobre todo donde las atesoramos, cuidamos y hasta las escondemos de los otros", señala Manassero. "Su elección suele ser muy personal y guarda algo de mágico y especial, por eso, escuchamos atentos todos los pedidos y dejamos volar nuestra imaginación, hasta lo que una caja pueda dar." ■

Viel 224, 4902-3078,
www.urbanstories.com.ar